

puede existir una ciencia social latinoamericana?

*Por el Profesor ANTONIO GARCIA,
Profesor titular de la Facultad de Economía de la U. de Bogotá*

Uno de los más peligrosos y difundidos mitos de las Ciencias Sociales consiste en la creencia de que la teoría científico social es absolutamente universal y de que su validez desborda el marco de los espacios culturales y de los procesos históricos. Desde luego, este mito reviste la mayor peligrosidad —desde el punto de vista de los países atrasados y dependientes— en el caso particular de la Ciencia Económica, en cuanto esta se relaciona con los problemas de la riqueza, de la propiedad, de la distribución de los ingresos, de la acumulación y de la inversión, ocultando sutilmente su transfondo ideológico en las diversas formas que reviste la racionalización científica. Este hecho explica el que todavía hoy se considera, en ciertos círculos académicos de la América Latina, que la economía clásica liberal no es una racionalización de los problemas, experiencias e intereses de la Inglaterra de fines del Siglo XVIII o de las primeras décadas del XIX, sino la Ciencia Económica misma. Semejante proceso de mitificación fue posible, en razón de que la América Latina —salida de la más burda y más atrasada escolástica— no ha ganado la capacidad crítica de descubrir el transfondo ideológico de la teoría económica o de separar el método de análisis del cuerpo de conclusiones. En Adam Smith, en David Ricardo o en Carlos Marx, se ha tomado más el cuerpo de doctrina, el resultado de la aplicación del método —análisis, ordenamiento, interpretación— que el método mismo. Así llegó la Economía clásica liberal o la Economía marxista a la América Latina como una dogmática antes que como un método de pensamiento científico. Y si no podía separarse método y “cuerpo de doctrina”, instrumento analítico y resultados de su

aplicación dentro de un cierto contexto histórico, no se hacía posible una utilización científica del método dentro de contextos históricos tan radicalmente diferentes como las que han caracterizado a los países latinoamericanos y resultaba inevitable la transformación del cuerpo de conclusiones en una masa intocable y sacralizada del conocimiento social. “La Riqueza de las Naciones” de Adam Smith o la “Economía Política” de Ricardo, así como más tarde la obra teórica de Keynes sobre el problema del empleo dentro de la economía capitalista de postcrisis, no estimularon el pensamiento crítico sino que constituyeron los nuevos componentes de una Iglesia Universal cuyos centros rectores se han localizado en Inglaterra y los Estados Unidos, sucesivamente. Semejante concepción absolutista de la ciencia social o de la teoría económica, ha hecho imposible comprender, en la América Latina, el alcance de las reflexiones críticas de los grandes maestros contemporáneos formados en el propio ámbito de la sociedad capitalista, como Keynes, Schumpeter, Myrdal o Jean Robison. “La teoría económica—dice Keynes y lo reafirma Rostow en “El Proceso de desarrollo” (1)—es un método más bien que una doctrina, un aparato mental, una técnica de pensamiento más bien que un cuerpo de conclusiones establecidas”. Desde luego, el primer problema que se plantea en relación a la teoría económica —o a cualquier forma del pensamiento científico social— es el de saber en qué clase de método de pensamiento se fundamenta, ya que existen métodos dinámicos y métodos estáticos, métodos que integran los aspectos cuantitativos y cualitativos de los fenómenos y métodos que reducen el conocimiento a las descripciones formales o a las mediciones cuantitativas, métodos que van de la realidad social e histórica a los esquemas mentales y métodos que van de los esquemas mentales a la realidad social e histórica, métodos absolutistas y métodos dialécticos.

El transfondo escolástico y absolutista del pensamiento latinoamericano posterior a la guerra de independencia, explica su incapacidad de utilizar las herramientas metodológicas en el análisis de los fenómenos y procesos históricos peculiares de los países atrasados y dependientes, esto es, sociedades localizadas en la periferia de la constelación capitalista. La teoría smithiana de la división internacional del trabajo— que se fundamenta en la concepción de un sistema de relaciones internacionales de intercambio en el que la nación dominante “se especializa” en la producción y exportación de manufacturas industriales y tecnologías del elevada densidad de valor y los países atrasados de la periferia “se especializan” en la producción y exportación de productos primarios —no es sólo el resultado de la aplicación de un método científico de conocimiento a una cierta realidad concreta, sino es también la racionalización de una ideología de dominación en la que se expresan los intereses, las aspiraciones y el sistema de valores de la Inglaterra Imperial de finales del siglo XVIII y principios del XIX. La propagación de la teoría clásica liberal de la división internacional del trabajo, hizo posible el que las élites intelectuales, burquesas y latifundistas de la América Latina, creyesen —de acuerdo con los dogmas de la teoría clásica del comercio internacional— que era “una ventaja comparativa” el continuar especializándose en la producción y exportación de productos primarios e importando bienes suntuarios, manufacturas de consumo, capitales y tecnologías desde la nación metropolitana. En última instancia, lo que estas “Élites” no han alcanzado a descubrir es que por medio de semejante teoría, la América Latina estaba adoptando —y alienándose— a las líneas ideológicas de la nación dominante, perdien-

do toda capacidad de analizar y comprender los problemas del atraso y la dependencia y aceptando implícitamente el dogma de que para los países atrasados es una "ventaja comparativa" el continuar siendo atrasados. A esta alienación ideológica le debe América Latina el que sus problemas estructurales sólo hubiesen empezado a plantearse con posterioridad a la gran depresión de 1930, retrasando históricamente las posibilidades de su desarrollo. Alienadas a los mitos de la nación dominante, las "élites" latinoamericanas no han podido reconocer, en la trama de la teoría económica clásica, lo que hay de ciencia y lo que hay de ideología, lo que hay de formulación teórica y lo que hay de expresión de los intereses metropolitanos. Ha sido necesario que uno de los últimos grandes pensadores de la economía liberal —como Myrdal— haya emprendido la desmitificación de la teoría clásica (iniciada desde el siglo XIX por las corrientes críticas del marxismo), para que el pensamiento latinoamericano se haya abierto al cuestionamiento de lo que hasta ahora se consideró como un cuerpo sacralizado de dogmas. La Teoría Económica— dice Myrdal — (2) "es en gran medida una racionalización de los intereses que predominan en los países industrializados, en donde aquella se inició y fue desarrollada más tarde. En principio, la teoría económica no se ha ocupado de los problemas de los países subdesarrollados y si, no obstante, se le aplica indiscriminada a esos problemas, resulta inadecuada. "Gran parte de la asistencia que se ofrece a esos países subdesarrollados en materia de comercio y pagos, tiene el mismo débil fundamento dentro de una teoría que no es adecuada para los problemas de esos países". En realidad —agrega el economista sueco (3) —ni la teoría del comercio internacional, ni la teoría económica general fueron concebidas nunca para explicar las realidades del subdesarrollo y desarrollo económicos". Oskar Lange— el brillante economista del marxismo polaco —ha precisado, en su Economía Política, la naturaleza particular de la economía política clásica, en cuanto ésta solo expresa la experiencia histórica y los problemas de un cierto tipo de sociedad: la sociedad capitalista. Su universalidad, como teoría científica, se circunscribe al contexto histórico que expresa. "Es necesario hacer constar —dice Lange (4) —en lo que se refiere a la división de la economía política en partes que corresponden a las diversas formaciones sociales, que, por ahora al menos, la única rama de estas economías que se halla totalmente desarrollada es la que estudia el capitalismo. La economía política clásica se limitaba solamente a estudiar el modo de producción capitalista; y las diversas formaciones precapitalistas representaban para ella, según al expresión de Marx, "algo así como lo que para los Padres de la Iglesia, vgr. las religiones anteriores a Cristo". No existiendo sino estudios fragmentarios sobre diversos tipos de economía precapitalista, Lange concluye que "la Economía política de las formaciones sociales anteriores al capitalismo, como ramas sistemáticamente estudiadas de la economía política, no existe aún". (5)

Es necesario, entonces, desde la perspectiva peculiar de los países atrasados y dependientes, dilucidar, críticamente, estas tres cuestiones básicas:

- a) La de cuál es la verdadera naturaleza de la teoría científico—social en general y de la teoría económica en particular;
- b) La de cuáles son las relaciones entre teoría científico-social e ideologías sociales; y

- c) La de cuáles son las grandes categorías históricas de las ciencias sociales en un universo dividido entre grandes circuitos o áreas: el de las formaciones capitalistas, el de las formaciones socialistas, y el de las formaciones características de los países atrasados y dependientes.

Puede continuar hablándose de unas Ciencias Sociales únicas, universales, puras, por encima del contexto histórico de unas sociedades que están constituidas como formaciones capitalistas, socialistas o articuladas a los diversos tipos de la economía natural, de la economía natural, de la economía señorial o del capitalismo dependiente.

NATURALEZA DE LA TEORIA CIENTIFICO SOCIAL

En última instancia, la ciencia social esta constituida por dos elementos: un método —de investigación, de análisis, de ordenamiento, de interpretación— y unos resultados de la aplicación del método. Uno de los más graves errores cometidos en el ámbito de diversas corrientes de pensamiento —en países cuyo atraso cultural se expresa en la falta de una conciencia crítica —ha consistido en no ver y comprender estos elementos como expresiones de una realidad histórica (tiempo y espacio), asignándoles unos valores absolutos. El método aparece así como un recetario artificial y abstracto acerca de las formas del conocimiento social y de los resultados de su aplicación como una dogmática. Este hecho explica la naturaleza eclesiástica y esotérica de las obras maestras que han formulado tanto la teoría científica ortodoxa (en cuanto proyecta la problemática, experiencias y condiciones históricas de las formaciones capitalistas) como las teorías heterodoxas o heréticas (en cuanto expresan ideologías revolucionarias y anti-capitalistas). El liberalismo llegó a la América Latina como una dogmática —con un elenco de valores intocables, de Adam Smith o Rousseau a los apodogéticos Say o Bastiat— pero el marxismo también. Sin una capacidad de comprensión del marxismo como método crítico de pensamiento, la “inteligencia” herética de la América Latina, después de la primera Postguerra, sólo podía tomar el marxismo como un cuerpo intangible de dogmas, resultado de la aplicación del método en las formaciones capitalistas más desarrolladas. Así se configuró el fenómeno de la transfiguración de un pensamiento crítico en una escolástica de izquierda.

Ahora bien, una teoría es una estructura conceptual que resulta de aplicar un método a un cierto repertorio de problemas, experiencias y procesos históricos estrictamente definidos en el tiempo y en el espacio. Es una burda falacia la de asignar a la teoría —en cuanto respuesta y proyección de una praxis, de un contexto, de una circunstancia histórica —una universalidad absoluta, esto es, aquella que trasciende y desborda los marcos de un cierto contexto de tiempo y espacio. La teoría clásica del comercio internacional, por ejemplo, no tiene otra universalidad que la comprendida en el ámbito de las formaciones capitalistas y en particular, las relacionadas con un ordenamiento clasista de las naciones (naciones hegemónicas y naciones dependientes o países del Centro y de la Periferia de acuerdo al esquema cepalino de las relaciones internacionales e intercambio). El haber atribuido a esa teoría una universalidad absoluta y el haber aceptado que el libre comercio genera unas tendencias al equilibrio y a la igualación del

ingreso, ha desguarnecido teórica y políticamente a los países atrasados, y ha estimulado una más desigual distribución de los recursos originados en el sistema de relaciones internacionales de intercambio, profundizando aún más la brecha que separa a los países del centro y a los de la periferia. En razón de que la teoría clásica del comercio internacional oculta o disfraza el carácter de las relaciones internacionales de intercambio dentro de la economía capitalista —en cuanto estructura de explotación y dependencia— desempeña una función de pieza maestra de esa estructura, amparando la constante transferencia del excedente económico desde la periferia satelizada al centro del sistema colonial, mecanismo que explica tanto la incapacidad estructural de desarrollo de los países dependientes como el creciente enriquecimiento de los centros metropolitanos. “El resultado normal de libre comercio entre los dos países, uno industrializado y el otro subdesarrollado, dice Myrdal (6), es la iniciación de un proceso acumulativo que tiende al empobrecimiento y estancamiento del segundo”.

En cuanto la teoría clásica de la Economía Política racionaliza, generaliza o universaliza el interés particular de una clase y de un imperio, sirviéndose de abstracciones o representaciones deformadas, es ideología (7). En este sentido histórico, la ideología constituye ese tipo singular de envoltura que mitifica y oscurece (en el sentido que le dió Marx) la teoría científica, atribuyéndole una racionalidad o una universalidad intemporales, a-históricas y absolutas. La posición crítica de las ciencias sociales en la América Latina, debe consistir —en una primera instancia de evaluación o reformulación de la teoría clásica, inglesa o norteamericana— en el descubrimiento objetivo de los mitos, las representaciones o los elementos ideológicos sobre los que descansa aquella teoría, asignándole la universalidad relativa y el valor histórico que realmente tiene. Este debe ser el punto de partida para un reexamen crítico de los grandes maestros de las ciencias sociales en el mundo contemporáneo— dentro del marco histórico del capitalismo— bien se trate de Adam Smith, de David Ricardo, de Proudhon, de Augusto Comte, de Federico List, de Keynes o de Schumpeter.

RELACIONES ENTRE LA TEORÍA CIENTÍFICA Y LA IDEOLOGÍA EN LAS CIENCIAS SOCIALES

Por lo mismo que la teoría científica social es una respuesta a una problemática específica de tiempo y espacio, conserva y racionaliza, en su transcurso y en su proceso, un cierto sistema de valores, de intereses y de aspiraciones sociales. La teoría clásica liberal, por ejemplo, proyecta y racionaliza el sistema de valores de la sociedad capitalista inglesa, en relación a problemas como el de la propiedad sobre la tierra y los medios de producción, el del ahorro, el de la división del trabajo, el de las relaciones internacionales de intercambio. Ese sistema de valores —creencias, aspiraciones, intereses —no constituye, por su naturaleza, una teoría científica sino una ideología. Lo que equivale a decir que la ideología aparece como un transcurso de la teoría científico social, en cuanto esta expresa una circunstancia histórica definida en el tiempo y en el espacio. En términos estrictos, si bien existen ideologías sociales sin una teoría científica social, no existe una teoría científico social sin una ideología, por lo menos mientras existe un universo escindido en países con imperio y países satelizados o coloneali-

zados o una sociedad desgarrada en clases antagónicas. La ideología de las naciones dominantes o de las clases dominantes, es la substancia mitificadora que impide a los países colonizados o a las clases socialmente sometidas ver y comprender la realidad del mundo en que viven, atribuyendo al orden natural su empobrecimiento, su atraso y su dependencia.

El concepto de una "ciencia social pura" despojado de todo transfondo ideológico, es un simple artificio conceptual y carece de significado teórico en el campo de las ciencias sociales. En su *Economía Política* (8) Oskar Lange afirma que "las ciencias sociales forman parte de la ideología peculiar de una formación (históricamente) dada; tienen —por decirlo así— carácter ideológico" (9).

"El método científico —dice Rodolfo Bledel (10) — no ha podido liberarse de la impronta ideológica. El método científico, aplicado a las ciencias sociales y a la ciencia económica en particular, encuentra un objeto sumamente complejo y dinámico, debido al cúmulo de intereses materiales y culturales que lo componen y a las interacciones que entre éstos intereses existen. El método, por supuesto, asume el rigor lógico que le es propio, pero debe partir de ciertas hipótesis o consideraciones preliminares que suponen la prevalencia de unos intereses materiales y culturales sobre otras. El método, en efecto, se apoya en determinados juicios de valor que integran la visión que el estudioso de la ciencia social posee de la materia. "Esta óptica valorativa o visión fue definida por Schumpeter (11) como ese acto pre analítico que antecede necesariamente a toda conceptualización y a toda investigación de procesos regulares, empíricos o deductivos. La señora Robinson la ha concebido como una premisa metafísica de todo proceso de conceptualización y análisis. Lo esencial es que, con una denominación u otra, son éstos los elementos que configuran el transfondo ideológico de la teoría científico social.

La ecuación teoría científica/ideología sólo puede ser analizada y comprendida por medio del sentido totalista que caracteriza a un método dialéctico. En definitiva, esta ecuación descansa sobre la interrelación entre saber objetivo e infraestructura subjetiva, entre realidad y representaciones o imágenes destinadas no sólo a proyectarla sino a transformarla. Si la teoría científica se concibe como una expresión del saber objetivo —la mirada objetiva que pretende contemplar la naturaleza o la sociedad tal como son absolutamente (12) la ideología puede analizarse, históricamente, de dos maneras: como un método de mitificación y oscurecimiento de la realidad histórica o como una afirmación subjetiva del hombre en cuanto no se limita a ver la realidad sino que expresa su decisión de transformarla, de acuerdo a un sistema de valores y a una imagen de la sociedad que aspira a crear. En el primer caso, la ideología persigue apocar o enmascarar la realidad, sustituyendo el conocimiento racional por una apariencia (13): la visión ilusoria es fundamental en la construcción del mito y en la alienación de las naciones y de las clases sometidas a procesos de dominación y dependencia. En el segundo caso, la ideología no es un elemento que tienda al oscurecimiento o mitificación de los procesos —deformando la teoría científica— sino un modo de expresión de la conciencia social en cuanto afirma las aspiraciones, el voluntarismo, la decisión de un cierto hombre de actuar sobre las fuerzas y materiales de la historia. Es a partir de ahora como dice Lefelvre (14)

—que “es imposible sostener que toda ideología es totalmente ilusoria. El fundamento de la ideología se desplaza. No se trata ya, con los colores de la historia de una especie de destino ontológico que obliga a la conciencia a diferir del ser. El fundamento se convierte en algo verdaderamente histórico y sociológico: se trata de la división del trabajo y también del lenguaje”. En este sentido se menciona la ideología proletaria o la ideología de los países dependientes en cuanto expresa su decisión de conocimiento crítico y de acción sobre la historia, esto es, ideologías socialistas o comunistas.

Esta concepción histórica de la ideología permite llegar a dos conclusiones generales: la primera es la de que la idea de que pueda existir una teoría científico-social, sin ideología, es una abstracción —histórica y puramente racionalista; y la segunda consiste en que es precisamente la ideología la que ha de caracterizar la naturaleza beligerante y dinámica de las ciencias sociales en América Latina o en los hemisferios atrasados y dependientes, en cuanto ha de transformarlos en Ciencias Sociales del Desarrollo, esto es, en instrumentos conceptuales destinados a descubrir críticamente las estructuras y relaciones de dominación y dependencia (en el ordenamiento social interno y en el ordenamiento internacional) y a proyectar las políticas o estrategias de liberación social y de desarrollo independiente.

Desde el punto de vista de los países atrasados y dependientes, este hecho reviste la mayor trascendencia teórica y práctica, ya que ha hecho posible la desmitificación de las ciencias sociales por medio del descubrimiento de su falsa universalidad (en cuanto se fundamenta en la equiparación del sentido y alcances de la universalidad en las ciencias sociales y en las naturales) y del señalamiento de las líneas ideológicas que proyectan los intereses y sistemas de valores de las naciones dominantes en los ámbitos de la economía capitalista. La desmitificación de la Economía Política clásica como una ciencia y como una ideología de la Inglaterra del siglo XVIII, ha permitido definir su carácter específico como una teoría científica de una cierta formación histórica —el capitalismo— y de una cierta sociedad constituida como centro rector del sistema, así como también ha hecho posible descubrir las ideologías de dominación (a nivel nacional y a nivel de las relaciones internacionales de intercambio) y la trama íntima de la dependencia. La teoría de la dependencia no sólo ha constituido un primer eslabón de las ciencias sociales en los países dependientes (así como la teoría de la explotación ha sido el fundamento de las ciencias sociales y de la estrategia política de liberación correspondientes al proletariado y a las clases explotadas dentro de la sociedad capitalista), sino la fundamentación de las teorías, ideologías y políticas del desarrollo independiente. En esto consiste el papel asignado a la teoría científica y a la ideología en las ciencias sociales de América Latina, Asia o África. Se trata de una estructura y de un proceso del pensamiento crítico, determinados por una circunstancia histórica y por un compromiso. Si no existen ciencias sociales puras, tampoco existen ciencias sociales neutras, ajenas a los sistemas valorativos, a la ciencia social y a la actividad que realizan los pueblos latinoamericanos, africanos o asiáticos, por modificar las estructuras que los han hecho atrasados, pobres y dependientes.

El punto de partida de este nuevo proceso del pensamiento científico so-

cial latinoamericano, es la desmitificación de las ciencias sociales que elaboran y exportan las naciones metropolitanas, como parte de su estrategia de dominación y colonialismo cultural. El primer mito que parece demolerse es el de la ciencia social pura, neutra, aséptica, sin ideología y sin compromiso, que oculta celosamente su sistema de valores y su pretensión de identificarlo con el orden natural y con lo universal absoluto. Esta posición crítica frente al mito de la ciencia social pura, no sólo ha sido definido por los teóricos marxistas, sino aceptado por los últimos grandes pensadores de la Europa Occidental, como J. Schumpeter en "Ciencia e Ideología", Jean Robinson en su "Filosofía Económica" y Gunnar Myrdal (15).

A la desmitificación de las ciencias sociales articuladas a procesos de dominación social y dependencia externa, sigue la elaboración de unas Ciencias Sociales comprometidas con los procesos de liberación social y desarrollo independiente. No sólo han de ser ciencias sociales latinoamericanas— en cuanto expresan un proceso histórico, unas circunstancias de tiempo y espacio —sino ciencias con una teoría y con una ideología proyectadas hacia la descolonización y el desarrollo desde adentro y desde bajo de la América Latina. Dentro de este contexto, la ideología no es sólo ese "conjunto menos sistematizado de opiniones en materia económica que en cualquier tiempo y lugar domina en una opinión pública" de que habla el profesor Schumpeter en su "Historia del Análisis Económico", ni una forma de alienación burguesa (tal como se desprende de algunos enunciados marxistas del siglo XIX), sino una forma de la conciencia social que expresa los valores, las aspiraciones y objetivos finalistas que se trazan las clases sociales y los pueblos en su lucha por transformar la sociedad y la historia. Es esta proyección hacia adelante —hacia el querer ser, hacia la imagen de la nueva sociedad y del nuevo hombre —lo que hace de la ideología una fuerza motora y un enérgico mecanismo de motivación de las fuerzas sociales protagónicas y conductoras de los cambios. La imagen de la nueva sociedad se configura de acuerdo al sistema de valores y a las aspiraciones de las clases: su naturaleza depende de los niveles de desarrollo de la conciencia social, pero su trama es fundamentalmente ideológica.

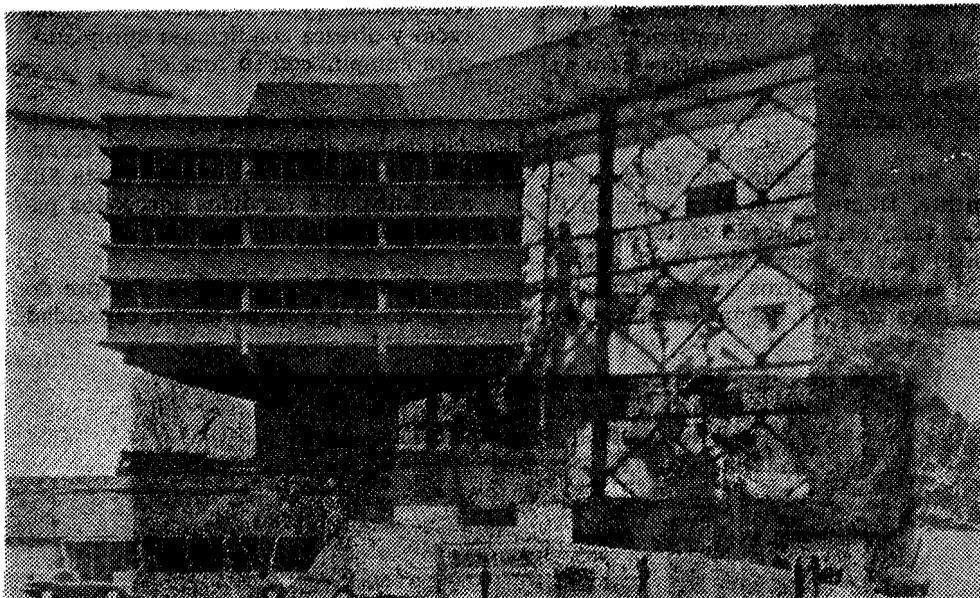
LAS GRANDES CATEGORIAS DE LAS CIENCIAS SOCIALES EN EL MUNDO CONTEMPORANEO

Si la teoría científico social es una estructura resultante de la aplicación de un método crítico a unos procesos determinados en el tiempo y en el espacio, desaparece la noción absoluta de universalidad —noción vacía de substancia histórica y —es reemplazada por el concepto de universalidad relativa y enteramente condicionada a una cierta formación histórica. Universalidad relativa es, entonces, la que corresponde a formaciones históricas que se constituyen con una cierta coherencia, se identifican en ciertos sistemas de valores y funcionan dentro de unas ciertas reglas económicas, culturales, sociales y políticas. Estas formaciones son las que se definen, históricamente como sistemas.

Desde esta perspectiva histórica, las ciencias sociales no constituyen ni pueden constituir un sistema único y universal, sino que se orientan de acuerdo a

(Pasa a la Pág. 43)

hacia un nuevo local



**Un “centro internacional de operaciones de la comunicación,”
base del proyecto para el nuevo edificio de “Ciespal” en Quito.
Funcionalismo, belleza arquitectónica.**

Quito, la capital ecuatoriana, es ciudad que amplía diariamente sus límites. Nuevos y grandes edificios surgen, cada vez con mayor frecuencia, en la zona norte, mientras en el centro se mantiene el "casco colonial", como rememoración del pasado y para contraste con el hoy y más aún con el mañana.

El Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para la América Latina —CIESPAL— está en camino, también, para cumplir con una de sus caras aspiraciones: local propio, funcional, adecuado para el cumplimiento de su misión actual y de sus anhelos.

En la zona norte de Quito, justamente, frente a una gran avenida de dos vías, está ubicado el terreno, donado por el Municipio de la ciudad. En sus 2.000 metros se levantará, para fines de 1974, según los planes, el

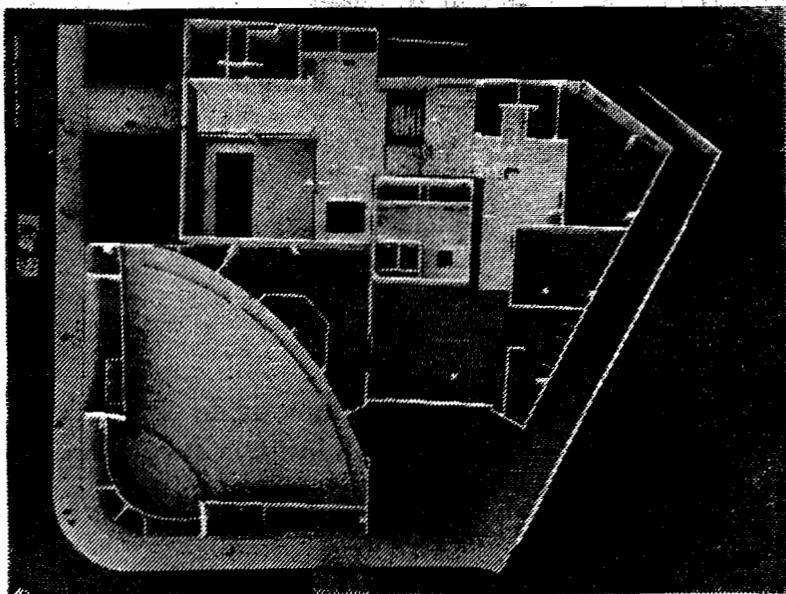
nuevo edificio, de acuerdo a un proyecto concebido por dos jóvenes y ya experimentados arquitectos ecuatorianos, Milton Barragán y Ovidio Wapenstein. Los dos unieron sus esfuerzos e iniciativas para dar forma a una planteamiento inicial sobre las necesidades y las perspectivas.

LLENANDO UN VACIO

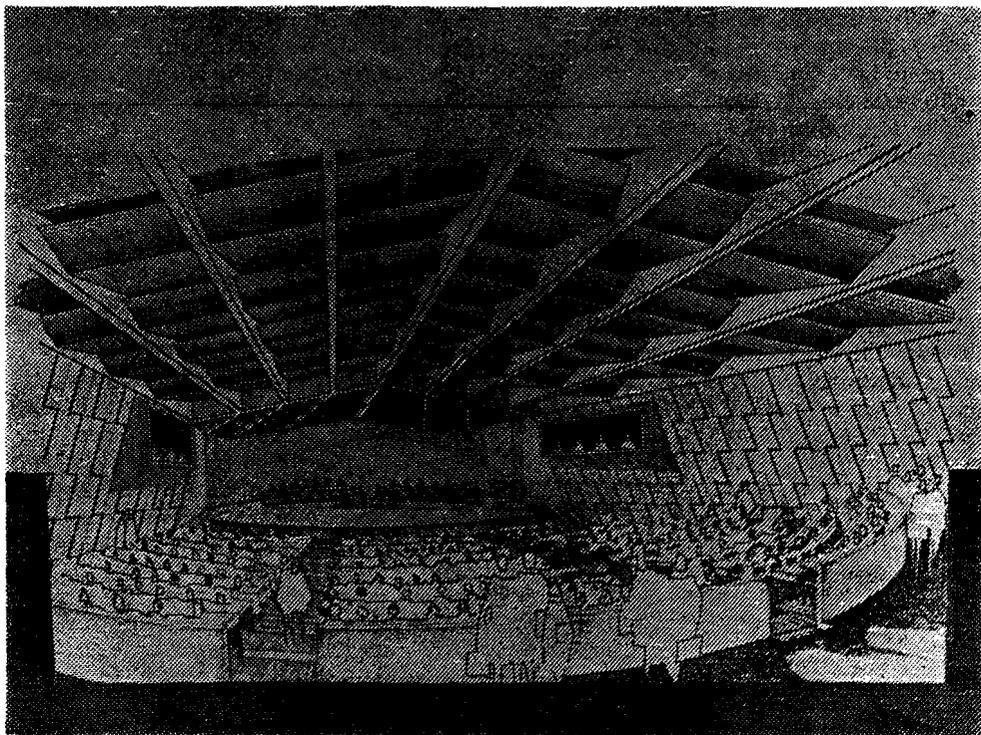
La aspiración es que el local, como centro internacional de operaciones en comunicación y otras materias, llene un vacío y ofrezca condiciones apropiadas para cumplir con su función.

El proyecto contempla la posibilidad de que el nuevo Centro sea escenario de reuniones que tengan hasta 510 asistentes, con servicios adecuados para todos ellos.

El auditorio central — siempre de acuerdo al proyecto— tendrá capacidad



Vista principal de la Planta Baja



Auditorio para 250 delegaciones

para recibir 250 delegaciones, con toda comodidad: interpretación simultánea en cinco idiomas, escenarios apropiados, servicio de secretaría, etc.

Igualmente, el local contará con tres salas para las sesiones de comisión, concebidas para recibir 40, y 60 y 90 personas, de acuerdo a sus dimensiones.

Un servicio de cafetería para 160 personas y un amplio "foyer" para exposiciones sobre temas técnicos de la comunicación o expresiones artísticas completan esta parte del proyecto.

CENTRO DE PRODUCCION

Un centro de producción para radio y televisión, es otro de los aspectos principales.

El objetivo es preparar material de educación, e igualmente, de difusión de la ciencia y la tecnología, con posibilidades amplias si se tiene en cuenta la variedad de proyectos de desarrollo que, con apoyo de radio y TV, corresponden a las Naciones Unidas y a sus organismos especializados — UNICEFF, FAO, PNUD, UNESCO— así como a los organismos regionales: OEA, CEICC, CIES, BID, OPS.

Por supuesto, el ideal es que el centro de producción pueda proveer de material educativo y cultural a la radio y televisión ecuatoriana, cooperando con programas específicos de desarrollo cultural y científico.

Anhela prestar su colaboración, produciendo material nacional que satisfaga expectativas y apetencias de la población.

Justamente en estos días la UNESCO está interesada en un proyecto de televisión educativa, a través de un satélite, y va a requerir una gran cantidad de material para su debida utilización.

OTROS SERVICIOS

Para solucionar problemas de es-

pacio, los arquitectos proyectaron la construcción de estructuras aéreas que, además, contribuyan a la originalidad y belleza del local.

En las otras plantas se planea la ubicación de los servicios de administración, dirección general, departamento técnico de sociológico, de investigación y, finalmente, de un local para la Facultad Permanente de Comunicación, que sería entidad con capacidad para otorgar títulos de "master" y doctorado, en asocio con universidades de Europa y Estados Unidos. La intención es preparar profesores de alto nivel para la investigación, la enseñanza y la planificación, así como para el uso de la comunicación en los programas de desarrollo y cambio social.



Hacia una Teoría Latinoamericana..... (Viene de la Pág. 38)

las grandes categorías del mundo contemporáneo, tal como realmente existen esto es, un mundo escindido no sólo en clases sociales, sino en áreas nacionales o multinacionales correspondientes a diversas formaciones históricas:

- a) Ciencias sociales de áreas pertenecientes a formaciones capitalistas plenamente desarrolladas (capitalismo monopolista);
- b) Ciencias sociales de áreas comprendidas en recientes formaciones socialistas; y
- c) Ciencias sociales características de los países atrasados y dependientes, bien sea que éstos se encuentren anclados en arcaicas fases coloniales o en modernos ciclos de neo-colonialismo y dependencia.

La primera categoría es la que corresponde no sólo a los tipos desarrollados de formación capitalista (capitalismo monopolista de Estado), sino a las naciones que concentran un poder hegemónico y orientan su estrategia hacia la conservación —directa o indirecta— de las estructuras de dominación y dependencia. No es circunstancia fortuita la de que el gran centro ideológico del mundo capitalista haya sido Inglaterra —en los siglos XVIII y XIX— y sea Estados Unidos después de la primera guerra mundial y de que el liberalismo económico tenga el rango de ideología ritualizada y oficial de los sistemas imperiales. En uno u otro caso, la hegemonía “mundial” (sobre el respectivo circuito político del mundo capitalista) sólo ha podido conquistarse y conservarse mediante la combinación de tres elementos, para mencionar los de carácter más esencial y estratégico: el poder económico, la potencia militar y la ideología. Sin la ideología— expresada y propagada a través de las ciencias sociales, de la Economía, de la Antropología, de la Sociología, de la Teoría Política, de la Geopolítica o de la Estrategia —no podría mitificarse la estructura de las relaciones internacionales fundamentada en la dependencia, ni podría encubrirse la estructura de la dominación social sustentada en el funcionamiento institucionalizado de un sistema de clases antagonicas.

El liberalismo económico es, por antonomasia, la ideología en que amparan su poder tanto los “conglomerados” y estructuras monopolíticas de la Nación Metropolitana, como las formaciones corporativas a través de las cuales funcionan las oligarquías burguesas y latifundistas de los países atrasados y dependientes; unas y otras se identifican en la defensa irrestricta de la “soberanía de la empresa privada” y en el desmantelamiento de las estructuras defensivas, del Estado, orientadas hacia la redistribución, la regulación, la gestión económica o la conducción del desarrollo. Dentro de los marcos del capitalismo dependiente, el Estado debe caracterizarse como una estructura liberal frente a la propiedad, los capitales, el mercado y los dividendos y como una estructura absolutista frente a las personas, la representación, la acción política y las demandas de participación de las masas urbanas y rurales. La fórmula clásica en América Latina es la de liberalismo económico y absolutismo político, en la que se plasma y articula la ideología de la nación hegemónica y de las oligarquías contraloras del poder en los países latinoamericanos.

Las ciencias sociales de una nación que concentra una elevada proporción del excedente económico de los países atrasados y colonializados, tienen que ser, históricamente, sistemas muy sofisticados de conocimiento cuya eficacia práctica depende de que aparezcan como sistemas puros y absolutamente universales,

en los que no se descubra la trama ideológica y los principios de racionalización de la dependencia. Ese ha sido el papel de las grandes teorías de la Inglaterra de ayer o de los Estados Unidos de hoy, de Adam Smith a Keynes y W. Rostow, así como de los "científicos sociales latinoamericanos, africanos o asiáticos, aliñados ideológicamente a ellos y cuyo papel se ha limitado al de "exégetas coloniales" de la Teoría Metropolitana.

La segunda categoría es la que responde a un sector del mundo en el que se han provocado profundos cambios estructurales —hacia dentro y hacia afuera— y en el que los pueblos han afirmado su voluntad de actuar sobre la naturaleza y sobre la historia, aplicando unos esquemas socialistas de organización social y desarrollo armónico desde abajo y desde adentro. Toda la teoría científica social de las áreas del mundo articuladas a una formación socialista, está impregnada de las nuevas ideologías y los nuevos sistemas de valores —del proletariado, del campesinado, de las clases medias, de las élites revolucionarias— cuyo centro de interés no radica en el oscurecimiento o mitificación de las relaciones sociales —a cualquier nivel histórico— sino en la necesidad de su radical esclarecimiento; sólo en la medida en que la realidad social e histórica se haga transparente, estas formaciones socialistas podrán acercarse a las imágenes de la nueva sociedad y del nuevo hombre, la ideología —dentro de este contexto histórico —es una fuerza motivadora y que se apoya en propósitos de desmitificación y esclarecimiento de los procesos sociales, a nivel del "mundo" o a nivel de las más simple comunidad humana. "En esta situación —al decir de Lefebvre (16) esos términos mal distinguidos que son la ideología y el conocimiento, la utopía y la previsión del futuro, la poesía y los mitos. Debe retomar este examen crítico, cuyas constelaciones cambian sin cesar".

La tercera categoría es la que corresponde a las ciencias sociales en los países atrasados y dependientes, en los que coexisten, dinámicamente, formaciones propias del moderno capitalismo monopolista, relaciones señoriales y formas arcaicas de economía recolectora, así como la organización política del Estado y una compleja trama de relaciones de dependencia que va desde el enclave colonial hasta las formas más modernizadas del capitalismo dependiente (colonialismo tecnológico y cultural, extranjerización de las industrias básicas, comercio exterior basado en la exportación de productos primarios y en la importación de bienes de capital e insumos industriales de una elevadísima densidad de valores, tendencia al déficit crónico y acumulativo en las relaciones internacionales de intercambio, necesidad del creciente endeudamiento externo para financiar el desequilibrio estructural de la balanza de pagos, transformación de los países dependientes en exportadores netos de capital y de una élite científico-técnica a la nación metropolitana).

Los dos mayores obstáculos al desarrollo de este tipo singular de ciencias sociales: consiste en que, de una parte, el atraso y la dependencia —en América Latina, Asia o África— no sólo existen en la órbita de lo económico o de lo político, sino también en el plano de la cultura y de la conciencia social; y de otra parte, todavía predominan en las llamadas élites intelectuales de tipo tradicional, las formas escolásticas o pre-racionalistas del pensamiento social y filosófico. En este contexto histórico, las ciencias sociales de los países dependientes no constituyen un cuerpo autónomo sino un simple trasplante de piezas integradas a la cultura y al sistema de valores de la nación metropolitana. La Economía Política, la Sociología, la Antropología, la Teoría Política, se exportan desde

el Centro a los países de la periferia del sistema, en procura de su identificación ideológica con la nación y las clases que ejercen la hegemonía (a nivel del sistema o a nivel de los países dependientes). Estos constituyen los sutiles engranajes de una alinación que se produce a través de la Teoría Científica que elaboran, refinan, especializan y arman de un enorme aparato documental, los centros rectores de la nación metropolitana.

La ausencia de autonomía y de fundamentación crítica de las Ciencias Sociales en los países dependientes, explica su formalismo extremo, su inocuo virtuosismo, su sectorialización en compartimentos, su apego a dogmas y supersticiones, sus tendencias ritualizadas y retóricas, así como la carencia —casi absoluta— de investigación científica y tecnológica. La carencia de investigación sistemática es, simultáneamente, efecto y causa de los fenómenos de colonialismo en los planos de la cultura y de la ideología. La dependencia genera dependencia, en las órbitas conexas de la economía, de la política o de la cultura. Se explica así el que la “ciencia oficial” de los países latinoamericanos se alimente de ciertas supersticiones como la de que el desarrollo sólo puede ser efecto de la Ayuda Norteamericana, la de que el atraso es una fatalidad histórica de los países tropicales, la de que el comercio internacional está regido por principios de igualdad y de libre concurrencia, la de que la propiedad privada sobre los medios de producción tiene el rango de una categoría de “derecho natural” y la de que el Estado, por serlo, es el “peor de los administradores”. En última instancia, se explica el que estas Ciencias Sociales —elaboradas y exportadas por la nación metropolitana— constituyen un complejo y articulado sistema de racionalización de la dependencia: desde luego, también se explica la crisis histórica de estas ciencias sociales (en cuanto están afectadas de una incapacidad radical para diagnosticar y resolver ninguno de los problemas estructurales que definen la naturaleza del atraso y la dependencia) y el carácter revolucionario de los científicos sociales que han roto con la “ciencia oficial”, han desencadenado el proceso de desmitificación de las teorías metropolitanas y han sentado las bases críticas para la elaboración de una teoría latinoamericana del atraso, la dependencia y el desarrollo.

Esta teoría latinoamericana del desarrollo —que racionaliza y universaliza los intereses, proyectos, aspiraciones y líneas ideológicas de los pueblos latinoamericanos— es el soporte de una verdadera, nueva y audaz estrategia del desarrollo; pero lo fundamental de esa teoría del desarrollo es que se apoya en una teoría estructural de la dependencia. Lo que equivale a decir que el punto de partida de una estrategia de desarrollo independiente, es una conciencia crítica de los estados de dependencia y de la relación de fuerzas estratégicas a nivel no sólo de áreas, regiones, o hemisferios, sino del universo como totalidad pluralista.

Dentro de estos marcos históricos y conceptuales, las Ciencias Sociales en América Latina o— en Asia y Africa — revisten la naturaleza de Ciencias Sociales del Desarrollo, vale decir, de Ciencias que no sólo proyectan una formación histórica, una realidad específica, unos procesos definidos en el tiempo y en el espacio, sino una decisión de desarrollarse, desde adentro y desde abajo, afirmando la voluntad de ser, el anhelo de autodeterminación, la facultad de remover los obstáculos estructurales —de adentro y de afuera— la capacidad energética de movilizar, hacia la Tierra Prometida, todos los recursos humanos, físicos, tecnológicos, culturales o financieros integrados al esfuerzo interno. Son, en con-

secuencia, Ciencias Sociales integradas y armadas de una teoría crítica y desmitificadora, así como de una ideología comprometida en las luchas latinoamericanas contra la dominación y la dependencia. Es esta perspectiva la que ha de convertir la teoría de la dependencia, de una doctrina herética en la más trascendental categoría analítica de las Ciencias Sociales Latinoamericanas.

REFERENCIAS

- (1) Edic. Poligráfica, Buenos Aires, 1964, pág. 362.
- (2) "Teoría, Economía y Regiones Subdesarrolladas", Edic. Fondo de Cultura Económica, México, 1969, pág. 115.
- (3) Myrdal, ob. cit. pág. 19.
- (4) Economía Política, Edic. Fondo de Cultura Económica, México, 1964, pág. 90.
- (5) Economía Política, Lange, ob. cit. Pág. 92.
- (6) "Teoría Económica y regiones subdesarrolladas", ob. cit. pág. 115.
- (7) Ver "Sociología de Marx, Henri Lefebvre, Edic. Península, Barcelona, 1969, pág. 61.
- (8) Ob. cit., pág. 283.
- (9) "La ideología dominante cumple con una función práctica. dice Armando Mattelart, en "La ideología de la dominación en una sociedad dependiente" (Edic. Sigos, Buenos Aires, 1970, pág. 26); confiere a un sistema social determinado cierta coherencia y una unidad relativa". "El modus operandi que caracteriza a la ideología es, en última instancia, hacer olvidar o silenciar las verdaderas fuerzas motrices o en otros términos, hacer perder de vista los orígenes del orden social existente de tal manera que los individuos puedan vivirlo como un orden natural".
- (10) "Ideología y método en la Ciencia Económica", Edic. Centroplan, Buenos Aires, 1968, Pág. 5.
- (11) "Science and ideology, American Economic Review", march, 1949, cita de Bledel, ob. cit. pág. 6.
- (12) "Materialismo y revolución", Jean Paul Sartre. Edit. Deucalion, Buenos Aires, 1954. pág. 15.
- (13) "Sociología de Marx", Lebevre, ob. cit., pág. 58. "La realidad social, es decir, los hombres y los grupos humanos, en sus interacciones, produce apariencias, que más que otra cosa son ilusiones sin consistencia alguna. Estas apariencias son el modo de aparecer de las actividades humanas en el conjunto que constituyen en un momento dado: las modalidades de la conciencia".
- (14) "Sociología de Marx", ob. cit. pág. 61.
- (15) "La historia de la economía no es acaso una historia de las ideologías? se pregunta Schumpeter en su obra póstuma "Historia del análisis económico (Edic. Fondo de Cultura Económica, México, 1944, págs. 34—35). La plena importancia del fenómeno político, agrega, ha sido reconocido por la profesión un siglo después que Marx y Engels lo descubrieron y que usaron su descubrimiento en su crítica a la economía burguesa de su tiempo".
- (16) "Sociología de Marx", ob. cit., pág. 80.